JULIO.

Dom.	Lun.	Mar.	Miér.	Jue.	Vier.	Sáb.
	1 Leonor	2 Isabel	3 Marcial	4 *N. S. del Refugio*	5 Filomena	6 Tranquilino
7 Fermín	8 Procopio	9 Efren	10 Genaro	11 Abundio	12 Nabor	13 Anacleto
14 Buenaventura	15 Enrique	16 *N. Señor del Carmen*	17 Alejo	18 Camilo	19 Vicente	20 Jerónimo
21 Daniel	22 Magdalena	23 Apolinar	24 Cristina	25 Cristóbal	26 *S. Santa Ana*	27 Natalia
28 Celso	29 Beatriz	30 Julita	31 Ignacio			

☽ Llena el 6.

☾ Cto. meng. el 14.

● Conjunción el 21.

☽ Cto. creciente el 28.

Este mes tiene 31 días.—**Verano.**

Continúa la estación de lluvias en toda su fuerza. La emigración de las ciudades hacia los sitios veraniegos llega en este mes á su apogeo. Las fiestas campestres son el carácter distintivo de la temporada.

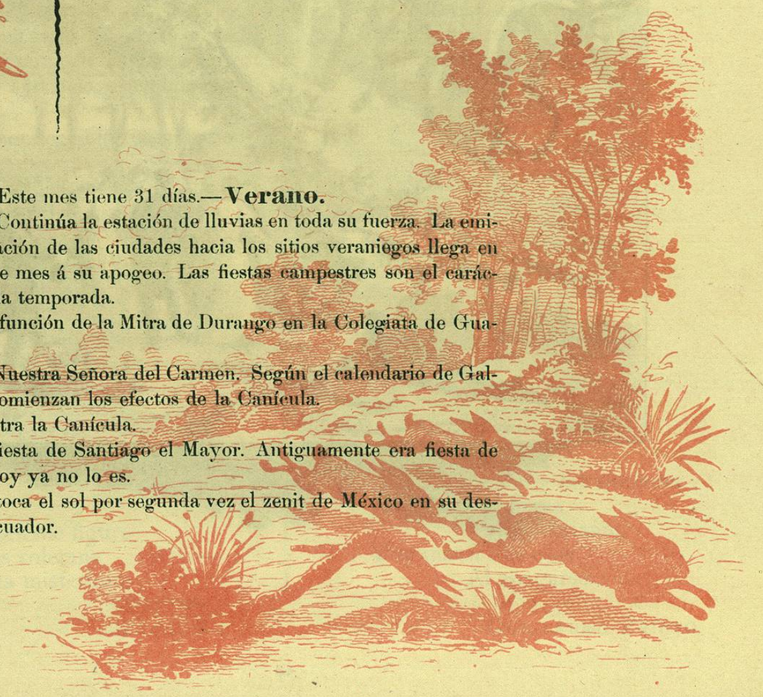
El viernes 12, función de la Mitra de Durango en la Colegiata de Guadalupe.

El martes 16, Nuestra Señora del Carmen. Según el calendario de Galvan en este día comienzan los efectos de la Canícula.

El lunes 22 entra la Canícula.

El jueves 25, fiesta de Santiago el Mayor. Antiguamente era fiesta de guarda forzosa, hoy ya no lo es.

El viernes 26 toca el sol por segunda vez el zenit de México en su descenso hacia el Ecuador.



Canto á la Patria.

(Composición premiada en el Concurso Literario abierto para el Almanaque de Arte y Letras.)

¿Con qué nombre de amor podré llamarte
Que antes no profanara labio alguno?
¿Con qué himno de gloria saludarte,
Si excelso como tú no hallo ninguno?
Con qué podrá la Musa compararte,
Si cuanto grande el corazón encierra
Y concibe la mente de sublime,
El heroico valor para la guerra,
La virtud abnegada que redime,
La grandeza de alma y la hidalguía
Tus nobles dotes son ¡oh Patria mía!

¡Cuánto has sufrido, cuánto! . . .
Al recordar las luchas de tu anhelo
Derrama el corazón, de sangre llanto!
Aguila que señora fué del cielo,
Y herida el ala por aleve plomo
Exánime cayó sobre la arena,
Y el cazador, vencida, la encadena;
El duro cautiverio no la doma;
Restáñase la herida,
Y cuando el nuevo sol ardiente asoma
Lanza de libertad el ronco grito,
Y rompe el hierro y lánzase atrevida
Su trono á conquistar en lo infinito.

Tremenda lucha sostuviste sola,
Y en la ruda pelea
El triunfo, semejante á la marea,
Iba y se devolvía con la ola.
¡Mientras más combatida, más gigante!
Con la fe en el derecho,
Nunca exhalastes angustiada queja;
La metralla silbante,
No del arado bienhechora reja
Desgarraba tu seno palpitante;
La sangre de tus hijos fecundaba
El hondo surco que Belona abría,
Y cosecha de héroes producía,
Que tu victoria, al fin, aseguraba.
¡Sin tregua ni descanso! . . que el Destino,
Aguijoneaba tu incansable arrojo,
Y te guiaba experto,
Por ignoto camino,
A través de las ondas de un Mar Rojo
Y la tostada arena de un Desierto,
Para dejarte, en plenitud de vida,
Al umbral de la Tierra prometida.

No vuelvas hacia atrás indagadora
Tu mirada serena;

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Que se bañe en la luz de nueva aurora,
No en las pasadas sombras de la pena.
No mires el sendero recorrido
Después del cautiverio,
Y que la sangre de tus pies empapa,
Que te ha de contristar ver cada etapa
Marcada por la cruz de un cementerio.
Mira hacia el porvenir: ve el ancho campo
Que luz de oro derretido inunda,
Donde la Paz la yunta domeñada
Somete á la coyunda,
Por quien el hambre se verá saciada.
Tu nueva gloria y tu riqueza funda,
No en los triunfos de ayer, sí en el trabajo
Que emprendes hoy con animoso brío,
Fuente de redención y poderío.
Por él verás en prósperas ciudades
Convertirse el humilde caserío;
El hierro con la hulla desposado
Dará á tu industria formidable aliento,
Y, fatigando el líquido elemento,
Tus naves llevarán á tierra extraña
Los frutos necesarios al sustento
Con el rico metal de tu montaña.
Por él, si grande fuiste
En la guerra, en la paz serás más grande,
Cual lo proclama el mundo americano,
En las alturas, con la voz del Ande,
En los abismos, con el ronco océano.
Por él descifrarás el hondo arcano
Que el esfinge eternal siempre renueva;
Por él, con hábil mano,
Rica forma darás al arte egregio,
Que ya incipiente medra,
Arrancando al laud grandioso arpegio,
La inspiración al condensar en piedra
O en la noble elocuencia persuasiva;
Que en tí verán los tiempos con asombro
Surgir de entre el escombro
La Grecia de Perikles rediviva.

RAFAEL DE ZAYAS ENRIQUEZ.

Septiembre de 1894.

TRES CRUCES

De una colección inédita que se titulará "Márgenes de la Historia."

Leonidas.

Murieron, su deber quedó cumplido;
mas del paso del bárbaro monarca
guardaron las Termópilas la marca,
clavado en una cruz al gran vencido.

Cadáver que bien pronto ha repartido
á girones el viento en la comarca
y en cuyo pecho, roto por la Parca,
el águila del Eta hace su nido.

La sangre de Leonidas que gotea
en la urna de bronce de la historia,
á todo pueblo en lucha por su idea
ungirá con el crisma de la gloria,
como á Esparta en el día de Platea
al compás del *peán* de la victoria.

Espartaco.

De los buitres festín los gladiadores
y harto de sangre el legionario, al frente
de las enseñas tórnase impaciente
á Roma, Craso, en pos de sus lictores.

De la matanza envuelto en los vapores
yace Espartaco de la cruz pendiente;
y es su can de combate solamente
testigo de sus últimos dolores.

Sobre aquella pasión callada y tierna
lenta cae la noche hora tras hora;
cuando la sombra por el mar se interna
y el lampo matinal las cimas dora,
la cruz se yergue obscura, pero eterna
en el vago apoteosis de la aurora.

Jesús.

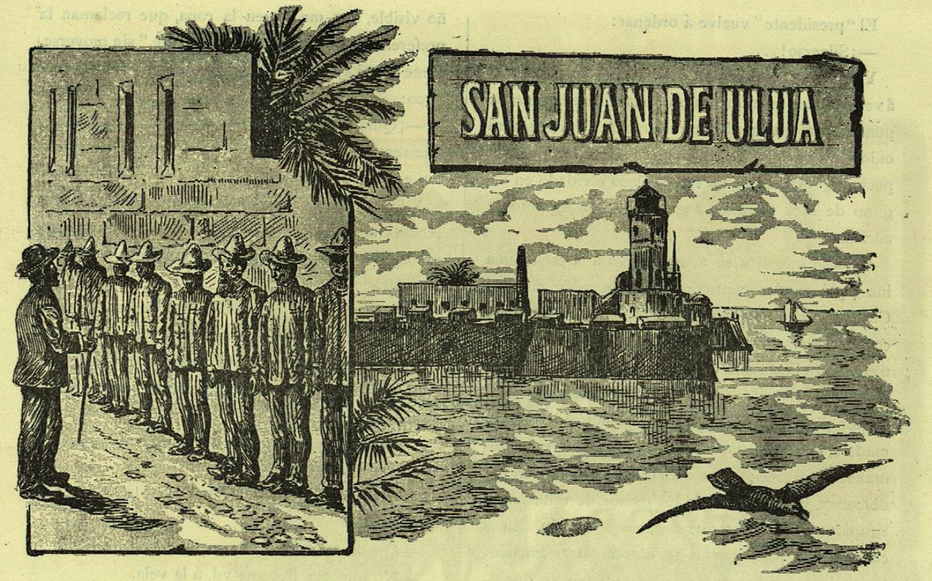
En la cruz del helénico guerrero
la Patria, santo amor, nos ilumina;
la libertad albea matutina
del tracio esclavo en el suplicio fiero.

Uno hay mayor: del Gólgota el madero:
porque en el ser de paz que allí se inclina
el alma, en sus anhelos, adivina
que está crucificado el Hombre entero.

De esas tres hostias de una gran creencia,
sólo Jesús resucitó y alcanza
culto en la cruz, señal de su existencia.

Es que nos ha dejado su enseñanza,
un mundo de dolor en la conciencia
y en el cielo una sombra de esperanza.

(H. C.) JUSTO SIERRA.



De mi "Diario."

(VERACRUZ.)=*30 de Enero de 1894* (PARA EL ALMANAQUE DE ARTE Y LETRAS.)

EN bote, á visitar la fortaleza de San Juan de Ulúa, que conocí de muy niño. El gobernador del fuerte resulta amigo mío y me autoriza á recorrer éste de arriba á abajo; háceme acompañar de un "ordenanza," y yo me meto por todas partes.

Impresión de horror, en lo general. Ya al partir, y considerando que acaso pueda servirme para la novela que ahora escribo, hago que me muestren una galera con presidiarios dentro. Se resisten al pronto, y, sin saber si abuso, declaro muy serio que la autorización que me ha dado el gobernador no tiene límites. Van en busca del "presidente"—denominación curiosa empleada en los presidios y cárceles de México para designar al individuo que, por su buena conducta en la prisión y por su valor comprobado, sea con su crímen ó con hechos posteriores, queda con una jerarquía de capataz sobre sus compañeros; se le inviste de alguna autoridad; no usa el uniforme, y así extingue su condena—van, decía, en busca del "presidente" del presidio, quien se me acerca y me conduce á la galera. Alguien me informa respecto de este individuo, que es un antiguo capitán del ejército, condenado á 16 años de encierro, por homicidio, y ahora en vísperas de salir en libertad. ¿Qué hará este hombre una vez libre? Es un lindo tipo para una novela. Y en el acto esbozo, muy en globo, el armazón del libro, al que bautizo con un título que me agrada muchísimo; lo llamaría yo: "El Licenciado," y me esmeraría en la pintura de sus amores; unos amores puros con alguna mujer buena que, á fuerza de caricias y de besos, le medio borrara del alma las indelebles huellas que han de dejar en ella 16 años de presidio..... Salúdame, y creo descubrir en su mirada un sedimento de odio hacia nosotros, los libres, los que nunca hemos probado lo terrible de un cautiverio tan prolongado y quizás injusto ó equivocado. Después, manda formar por compañías á 300 presidiarios, dando la orden desde afuera, á lo militar:

—¡Á formar por compañías!....

Nos abren las dos rejas de madera, y, en un principio, nada distingo, tal es la obscuridad; sólo escucho un rumor como de avispas enfurecidas y colosales.

CAPILLA ALFONSINA

El "presidente" vuelve á ordenar:

—¡Silencio!....

Y aquella masa de condenados, que ya comienzo á ver ondular, se calma en un instante, enmudece, se pone rígida, y su múltiple respiración llega hasta mi oído, simulando al llegar, la que pudiera producir el pecho agonizante de un tuberculoso olvidado en alguno de esos rincones negros, que con espanto se adivinan.

Cuando mis ojos se acostumbran á la escasísima luz ¡qué cuadro contemplo, qué horrible cuadro! Cinco ó seis galeras, encrucijadas, de bóveda, con arcos divisorios, piso de ladrillo, paredes gruesas, teniendo en el extremo opuesto al de la entrada, unos ventanillos largos y muy angostos—ni el brazo cabe por ellos—que dan al mar. Dos filas de catres de madera, tan cerca uno de otro, que casi parecen dos inmensas tarimas; en las demás salas, petates en vez de catres, y pendientes de los techos de todas, unas lámparas de petróleo que no encienden aún. En la calle central que dejan las dos filas de catres, encuéntranse los presidiarios formados, también en dos filas, muy derechos, muy juntos; los cráneos pelados á peine, las miradas bajas y las rayas bicolores de sus uniformes de lienzo, dándoles un fantástico parecido con las víboras. Y en los ángulos salientes de sus fisonomías cobrizas, en las protuberancias de esos cráneos rapados, creo que podría leerse de corrido todo un catálogo de crímenes, todo un archivo de rencores y de pasiones. Ansío que la visita termine; me riño por mi malsana curiosidad, aunque comprendo que aquello ha de servirme, que aquello me es necesario, dado mi vicio de decir al público la verdad de lo que la vida nos ofrece.

Previa consulta con el "presidente," reparto allí cuatro pesos en pesos, y, durante un momento, temo perecer ahogado por el sinnúmero de manos sin dueño visible, que me cogen la ropa, que reclaman la preferencia. Por dicha, el "presidente," sin moverse, viene en mi ayuda, los subyuga, cual un domador de circo:

—¡Quieto todo el mundo! ¡Á ver, los capataces que recojan el dinero, compren cigarros y los repartan entre todos!

Y los capataces avanzan; los cuatro pesos, que parecían tragados por la tierra, aparecen de nuevo, son entregados con una obediente precisión de animal amaestrado.....

Salgo con nostalgias de libertad, de espacio y de aire; la cabeza me arde; condeno leyes y legisladores; por unos segundos, hasta me explico la anarquía, y este presidio, esta espantosa pesadilla social, va persiguiéndome.

—¿Volvemos al muelle, caballero? me interroga el patrón del bote.

—Nó—le digo yo—lléveme vd. á la isla de Sacrificios.

—Queda muy lejos y la mar está retozona.

—No importa, lléveme vd. á la vela.

Emprendemos la pequeña travesía, con grandes tumbos que me devuelven la conciencia de que soy hombre libre; y el viento que me azota la cara, las olas que me mecen, el sol que desaparece tras de la ciudad, dejándola como una mancha inmensa, todo me alegra; mi feroz egoísmo de hombre se regocija ante el encantador espectáculo del océano y de la poética caída de la tarde.

No llegamos hasta Sacrificios; de la Lavandera regresamos; de la Lavandera con su boya de silbato por donde arroja sus aéreos lamentos, cual otros tantos gritos de desconsuelo supremo, al infinito y movedizo desierto de agua.....

FEDERICO GAMBOA.

(H. C.)

CAPILLA ALFONSINA